

Subidos al escenario

Son las cinco y media de la tarde. Llego a casa. Recién salgo de la escuela. Dejo el guardapolvo y mis útiles escolares sobre el banco de madera.

La leche ya está sobre la mesa, servida en una de las tasas marrones que compró mi mamá para el día de mi cumpleaños. Tomo la leche, rica y bien calentita. Saco de mi portafolios el cuaderno de tareas y cruzo el patio, hasta la esquina de mi casa, allí está mi mamá atendiendo el boliche.

El boliche debe ser el número treinta y pico porque ya está al boliche número cuarenta y siete, que es de un primo hermano de mi mamá y lo abrieron tiempo después. Son esos lugares de mi pueblo que les presta atención a los hombres que buscan escapar por un momento de la pobreza o de la soledad. Aquellos hombres que por la embriaguez se van haciendo conocidos. Ellos caminan por las calles y se los ubica por sus ropas y por sus dichos y frases.

Busco la mesita alejada del mostrador donde ya está mi mamá repasando algunos vasos y revisando las damajuanas de vino. Abro mi cuaderno y mi cartuchera y busco la tarea que hace un rato nomás nos anotó la señorita en el pizarrón de la escuela. Hay varias mesas, un mostrador enorme, ventanas y una puerta doble con grandes vidrios...que hoy atesoro en casa.

Y con la tardecita comienzan a llegar los clientes, los personajes de mi pueblo, al boliche de mi mamá. El primero que llega es Lorenzo, el vecino más cercano, es el que saluda más familiarmente y la llama a mi mamá Patrona. Lorenzo tiene frases como... la gente flaca camina para seguir siendo flaca... la gente rica trabaja para seguir siendo gente rica...y pasaría el resto de su vida, sin trabajar y sentado en esa misma coordenada mirando pasar a la gente y rezando la misma frase.

Yo sigo con mis tareas, escribo largas escalas de 1 en 1 de los números que hoy nos enseñó la señorita en el primer grado C, en el que me ha anotaron porque soy una niña pobre y tengo que ir con los del C. Es evidente que estamos divididos por clase social. No me importaba en ese momento, y hoy menos.

Después de Lorenzo llega su hermano, el Cauca, que trabaja de peón para una chanchería en un campo cercano. Sus manos gruesas, partidas y llenas de surcos y piel áspera, me impresionan. Están desfiguradas del trabajo. Cauca solo sabe pocas palabras en castellano y las usa solamente para hablar de chanchos. Los hermanos se pidieron un rosado cada uno como la previa para una cena pobre antes de dormir. Al Cauca se lo lleva la muerte, con sus manos hinchadas y rotas. Pobrísimo, ni para el rosado tenía y abandonado por sus patrones porque ya no servía, y al Lorenzo, lo encontraron muerto, apoyado sobre la pared de barro de su casa, ni se sabe por qué murió y a nadie le importó. Solo se vio persignarse frente a él al nieto de la bolichera, mi hijo, en esos tiempos, policía que conocía a quién yacía muerto ahí.

Termino las escalas y comienzo con las cuentas. Primero les tengo que hacer un dibujito al lado a cada una, debe ser para darle significatividad, pero bueno no sé, pero lo hago. Ya es algo tarde y como un esqueleto, cae al boliche El Gaucho Alambre. Vive también a la vuelta del boliche. Muy flaco, muy flaco. Callado se acerca al mostrador y pide el vinculador clarete. Mi mamá busca la damajuana y le sirve. Toma su vaso y se sienta callado en una de las mesitas cercana a la mía. Nunca lo escuché hablar. Y habrá muerto de flaco, o de mucho silencio.

Y el boliche se va llenando de clientes. Cuando entró El Gaucho Alambre la luz de la tardecita que se filtra por la puerta, ni se mosqueó, pero cuando entraba don Segismundo, ahí sí que la luz por un ratito deja de entrar por la puerta. Don Segismundo es enorme y usa un sacón de cuero oscuro, mal oliente y exagerado. Todos los días del año el hombre lleva puesto ese sacón... y se le escucha decir... lo que tapa el frío, tapa el calor...y pedía despacito un vaso de vino rosado, se acodaba en el mostrador y ahí saboreaba esa bebida compartida con la tarde. Segismundo, representaba, al hombre de la bolsa. Ese

que con nombrarlo te hacía dormir la siesta, portarte bien y tomar la sopa. Para mi Segismundo era un grande. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de su muerte.

Cuando terminé las cuentas hago mi tarea de lenguaje, primero escribir tres renglones de cada error ortográfico del día. En eso estoy cuando irrumpe en el boliche don Boracci, Este cliente era para mí el más esperado, decidor de unos relatos largos y descriptivos de situaciones que, nunca supe si las imaginaba, se las contaban o las creaba para que nosotros siguiéramos tratándolo siempre de mentiroso. Eran tan ocurrentes como divertidas. Sus historias, llenas de exageraciones, de lugares desconocidos, animales de la zona y personajes que uno podía ir imaginándose, narraban situaciones inesperadas. Cuenta que él conoció el río Paraná totalmente congelado, y que al querer romper la helada escarcha con las espuelas de sus botas, estas hicieron de ruedas sobre el hielo y recorrió resbalando, todo el río hasta llegar al Río de la Plata. Ya de grande, cuando calqué un mapa de Argentina y estudié los cuadros sinópticos de los climas me di cuenta que era imposible que la historia de don Boracci sea cierta. Recordar a Boracci, es mágico. Tierno y muy educado, siempre me sorprendió con sus mentiras y cautivó mi incipiente amor por la literatura. Él y mi mamá fueron mis primeros maestros y ayudaron con sus cuentos a maravillarme en ese clima de boliche.

Cuando todos ellos concluían sus vinos, mi madre lavaba los vasos dejándolos sobre la rejilla arriba del mostrador. Ella, la Patrona, la Bolichera...mi mamá, también era un personaje en ese lugar. Petisita, aparecía tras el mostrador y quedaba enmarcada por una estantería de tres maderas con botellas de todas las bebidas. Atenta, cortés y educada trabajaba y volvía a casa a seguir, a cambiar su personaje de bolichera a MADRE.

Tranquilamente guardo mis útiles escolares. La tarea está terminada. Mi mamá, despide a sus clientes, coloca una tranca de madera después de cerrar la puerta y nos vamos a casa, cruzando el patio-

Tener un boliche en casa significó, estar en contacto durante mi niñez con muchos personajes del pueblo, esos que le hacían honor al vino. Mis tardecitas las pasé siempre en el boliche con mi mamá, con esos clientes que respetaron a esa madre y a esa hija cada día. Me crié aceptando a cada uno como es, sin juzgar ni cuestionar.

Los personajes se fueron sucediendo a lo largo de mi vida. Enriquecieron mi mundo chiquito y lo hicieron grande. Mi casa paterna fue un escenario al que subieron personajes transmisores de inteligencias múltiples que me enseñaron a resolver mis tareas compartiendo con quién sea. Aplausos para Felix, el tartamudo; Feliciano, el imitador de Roberto Sanchez; Mathus, con su frase... O no???. Zorrino, el mago con la electricidad; Pelado, niño y joven lento para aprender y rápido para querer; el Cuzco, el caminante.

Hoy...y en este preciso momento comparto mi vida con un personaje. Se llama Dora y tiene el mejor apellido que puede tener un artista, Bravo. No hay vinos, pero hay dones y talentos en ella que embriagan. Es la música y el baile, es la sonrisa y el maquillaje, es el color de sus trajes reciclados, todo en ella es una combinación perfecta para hacerte feliz. Su cuerpo conjugó una infancia pobre y feliz, un accidente con el fuego que emocionalmente afectó su vida joven, un amor, tres hijos y un trabajo duro, durísimo, de servicios mal remunerados que hoy le permiten solamente una pensión mínima, que no alcanza...pero...nada le quitó su amor a la danza. Algunos piensan que una vida pobre no puede convertir a una persona en artista, ella rompe ese pensamiento brillando hoy en escenarios del país, en la calle sola, en los carnavales, en fiestas y eventos...y así mismo, a veces no llega el reconocimiento del pueblo. Y ella, no reparando en eso, rescata a quiénes la aman con comportamientos simples. Brilla Dora. Brilla Dora Bravo. Tu apellido es un signo: BRAVO!!!!!! BRAVO!!!!!! BRAVO!!!!!!

Compartir la vida con personajes es decidir amar cada día, a cada hermano.

Aplausos para todos.